



Larry W. Hurtado, *Destructor de los dioses. El cristianismo en el mundo antiguo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2017. 286 p.

*Santiago Guijarro*

El profesor Larry Hurtado es bien conocido entre nosotros por sus estudios sobre los antiguos papiros cristianos y, sobre todo, por sus trabajos sobre el reconocimiento de la condición divina de Jesús en los inicios del cristianismo. El libro que ahora nos ofrece hunde sus raíces en el minucioso y preciso conocimiento del cristianismo naciente que revelan sus anteriores publicaciones, pero se centra intencionadamente en una cuestión más relevante desde el punto de vista cultural para los lectores de hoy. Su propósito es, en efecto, remediar la amnesia cultural de la sociedad occidental respecto a sus raíces, mostrando que nuestra forma de entender la religión, así como algunas mediaciones culturales o prácticas de vida que forman parte de nuestra cultura fueron, en realidad, radicales innovaciones del cristianismo.

El autor insiste en la novedad que supuso el cristianismo y en la capacidad de innovación que este movimiento religioso manifestó en los primeros siglos de su historia. Se trata de un fenómeno fascinante desde el punto de vista histórico, que es, al mismo tiempo, una clave imprescindible para comprender la sociedad occidental. Por eso, este libro no se dirige solo a los especialistas, sino a un público mucho más amplio, al que el autor ofrece constantes aclaraciones para que pueda seguir más fácilmente su exposición.

Después de un breve prefacio en el que da cuenta de algunas circunstancias que determinaron la forma final y el propósito de este libro, una introducción sitúa al lector proporcionándole algunas informaciones básicas que serán de gran utilidad para su lectura: una visión panorámica de los comienzos del cristianismo (el libro pretende abarcar los tres primeros siglos, aunque luego se centra en los dos primeros), algunos aspectos básicos de su disonancia con respecto al ambiente y una consideración preliminar acerca de la pluralidad del fenómeno cristiano.

El capítulo primero está dedicado a presentar la visión que los no cristianos tenían acerca del cristianismo naciente. Aunque no son muchos los testimonios de que disponemos, todos ellos coinciden en calificar la nueva religión como inusual, extraña y novedosa. Las expresiones que utilizan para describirla son despectivas (*superstitio* es la más común), y reflejan una valoración negativa que se fue haciendo más intensa a medida que el nuevo movimiento religioso se fue difundiendo en el mundo antiguo. Las numerosas defensas (*apologías*) compuestas por los primeros escritores cristianos son un reflejo de esta oposición que despertó el cristianismo naciente. Sin embargo, a pesar de este rechazo

social que a veces se traducía en persecución formal, el número de los que se hacían cristianos siguió aumentando.

Los cuatro capítulos siguientes abordan cuatro rasgos distintivos del cristianismo que resultaron especialmente novedosos en el entorno del imperio romano. El primero de ellos, el más decisivo, fue la nueva fe que los cristianos profesaban. El autor ofrece una nueva síntesis de un tema que conoce muy bien, sin perder de vista a sus lectores. Para estos, en efecto, tal vez lo más novedoso será saber que el concepto de religión que manejamos en occidente es, en realidad, una innovación del cristianismo. El panorama religioso del mundo grecorromano era muy diferente, no solo por la abundancia de divinidades, sino también por la forma ritual de comprender la religión. En este ambiente, en el que se suponía que todos los dioses merecían el reconocimiento y el culto de los hombres, aunque estos solo adoraran a algunos de forma habitual, la exclusividad del cristianismo resultaba tremendamente llamativa y, en muchos casos, ofensiva. Esta exclusividad que se traducía en la adoración del único Dios verdadero, era un rasgo propio de la fe judía, pero en el judaísmo no resultaba tan ofensiva porque se percibía como una peculiaridad étnica. Sin embargo, el horizonte universal y misionero del cristianismo hizo que fuera percibida como algo profundamente irreverente. Con todo, el rasgo más peculiar de la visión cristiana de Dios, que le diferenció también del judaísmo, fue el reconocimiento de la condición divina de Jesús, a quien reconocían como único Señor junto al único Dios (1Cor 8,6). Hurtado resume aquí magistralmente para un gran público un tema que conoce muy bien y sobre el que ha publicado importantes trabajos.

El capítulo tercero trata de mostrar cómo la nueva visión de Dios fue configurando una nueva identidad. En realidad, el capítulo se centra en la identidad religiosa y trata de mostrar su novedad estableciendo una comparación con las identidades que generaban otros movimientos religiosos de la época que tenían, como el cristianismo, un carácter transversal. Con el paso del tiempo, la vivencia de la nueva fe fue configurando una nueva identidad cuyas raíces hay que buscarlas no solo en la nueva visión de Dios, sino sobre todo en la exclusividad de la que hemos hablado antes.

El siguiente capítulo se centra en la relación del naciente cristianismo con los libros. Podría parecer a primera vista un rasgo secundario. Sin embargo, cuando se conocen los datos, tal relación resulta muy reveladora. Aunque hoy nos parezca normal que cada religión tenga un libro o unos libros sagrados, esto no era habitual en el mundo antiguo. Tan solo en el judaísmo encontramos este fenómeno. El cristianismo, de hecho, heredó esta relación con los libros del judaísmo. Pero, como ocurrió con otros rasgos heredados de la religión de origen, lo transformó. La producción de libros en los primeros siglos del cristianismo es impresionante (más de doscientas obras pueden catalogarse en los dos primeros siglos). Pero resulta mucho más impresionante su esfuerzo por mejorar la forma tradicional del libro (el rollo) y su preferencia por el códice, el tipo de libro que ha pervivido hasta nuestros días.

El capítulo final está dedicado a una cuestión crucial: el nuevo estilo de vida que generó el cristianismo. Para entender el alcance de esta novedad es importante tener presente que los diversos cultos del mundo antiguo se centraban en lo ritual, y que la adhesión a ellos no tenía importantes consecuencias éticas. En el cristianismo, sin embargo, la fe en el único Dios verdadero y el reconocimiento de Jesucristo como el único Señor implicaba un cambio de vida. El autor señala algunos casos concretos en los que el comportamiento cristiano era diferente: exposición de los recién nacidos, luchas de gladiadores, vida familiar, etc., pero podrían haberse añadido otros muy significativos como la acogida, o la ayuda social, que tan decisiva fue para la integración de los primeros grupos cristianos.

Una breve conclusión resume los argumentos principales de cada uno de los capítulos. Vistos en su conjunto, constituyen un convincente argumento de que, efectivamente, el cristianismo supuso una importante novedad en el mundo antiguo no solo con respecto al mundo romano, sino también respecto al judaísmo, en el que, por otro, tienen sus raíces muchos de estos rasgos más distintivos: monoteísmo exclusivista, relación con los libros, rechazo de la exposición de los recién nacidos, etc. Estos rasgos distintivos del cristianismo acabaron transformando aquella sociedad y han permanecido hasta hoy en la cultura occidental.

El libro está bien escrito y se lee con gusto. Hay que felicitar al autor por haber puesto al alcance del gran público con gran competencia los resultados de una investigación compleja y, sobre todo, por haber mostrado la relevancia social de los orígenes del cristianismo.